

Presentación

En 2009, la IUSSP (International Union for the Scientific Study of Population) encuestó a sus afiliados sobre sus temas de investigación, los campos de aplicación práctica de su trabajo, los problemas demográficos actuales que consideraban más importantes y las políticas requeridas para enfrentarlos. Las respuestas de casi 1.000 demógrafos de todo el mundo confirmaron una abrumadora primacía temática del envejecimiento (*aging*). Era un cambio notable respecto a la preocupación casi obsesiva, en las décadas anteriores, por el rápido crecimiento de la población mundial, especialmente el del llamado Tercer Mundo, y por las políticas para reducir la fecundidad y frenar la “explosión demográfica”.

Sin embargo, no se había producido cambio técnico o metodológico alguno que justificara un giro como ese. Tampoco la proporción de personas mayores en el mundo, en aumento sostenido pero todavía escasa, había experimentado ningún cambio brusco. La centralidad temática para los científicos era el resultado de la paralela centralidad política que la vejez había alcanzado súbitamente en los años ochenta.

Para políticos y gobernantes, la vejez había sido un asunto menor hasta entonces; desde que la disciplina demográfica eclosionara junto a los sistemas estadísticos de los Estados liberales modernos, a finales del siglo XIX, se había centrado en la infancia y la juventud, la población en edad laboral, la formación de nuevas parejas, la excesiva fecundidad del mundo

menos desarrollado, el elevado ritmo de crecimiento mundial o el sostenido descenso de la mortalidad, pero no en la vejez. Tampoco las ciencias sociales le habían prestado mucha atención.

Las dos facetas de la vejez más relevantes para el ámbito público habían sido la protección frente a la vulnerabilidad económica y la mala salud, ambas más relacionadas con los derechos laborales que con la propia población mayor. Los sistemas contributivos de jubilación siempre habían sido excedentarios, y el deterioro de la salud asociado a la edad era visto como algo natural e inevitable, preocupación menor, en todo caso, en un mundo volcado prioritariamente en la salud materno-filial y adulta-laboral. Existía, además, la convicción de que la esperanza de vida, cuyo espectacular crecimiento se atribuía de forma casi exclusiva a la reducción de la mortalidad temprana, estaba próxima a tocar techo.

Todo cambió con la crisis de los setenta y la revolución política de los ochenta. Repentinamente, la carga que los viejos pudiesen suponer para el Estado les ponía en el principal foco de interés demográfico. Además, se hacía evidente ahora, no iba a dejar de crecer. El *baby-boom* se había acabado también en los setenta, y la fecundidad había retomado su marcha descendente, con una geografía nueva en la que el sur de Europa primero, y poco después el este y la antigua esfera soviética, se situaban por primera vez en cabeza del descenso con niveles nunca vistos.

Pese al diluvio cotidiano de interpretaciones alarmistas de la situación poblacional, lo cierto es que, en la historia de la humanidad o en la de España, nunca antes se había podido observar mejor situación en la demografía. Esta situación ha sido conquistada con grandes esfuerzos, individuales y colectivos; sus consecuencias están plagadas de futuro y deben calificarse como “progreso”. Aquello a lo que estamos acostumbrados a llamar con una desafortunada metáfora “envejecimiento de la población” (las poblaciones no son entes biológicos que envejecen, no tienen edad) alude, en realidad, a un cambio sin precedentes en su estructura por edades. Sus causas son bien conocidas para la demografía, de la misma manera que se conoce bien su integración y dependencia de un cambio más general, el de la reproducción, el núcleo teórico fundamental para el análisis demográfico. Lo que ha experimentado la demografía humana en apenas un siglo, aquello que el cambio de la pirámide revela, es nada menos que una revolución reproductiva sin precedentes. La iniciaron, muy lentamente, unos pocos países europeos y alguna de sus colonias a finales del siglo XIX; se extendió a la parte más rica del mundo durante la primera mitad del siglo XX; y finalmente se ha generalizado a la humanidad entera en la segunda mitad de ese siglo, a un ritmo fulgurante en los países más tardíos.

Con la perspectiva histórica hoy disponible, sabemos que no hay excepciones: el aumento de la vida media va acompañado del correspondiente descenso de la fecundidad, lo que apunta a una interrelación estrecha entre ambos indicadores demográficos, y de esta interrelación resulta el cambio en la pirámide. Partiendo de fecundidades en torno a cinco o seis hijos por mujer, obligadas por una supervivencia tan escasa que ni siquiera permitía a la mitad de los nacidos llegar a los 15 años (situación que se daba en España hacia 1900), hemos pasado a elevar enormemente el volumen de población teniendo menos hijos, pero cuidándolos y dotándolos cada vez más y mejor.

Como puede suponerse, un cambio como el descrito en el párrafo anterior no solo se traduce en una pirámide poblacional diferente, sino que también altera todos los ámbitos imaginables de nuestra vida personal y colectiva. La significación de las diferentes edades nunca volverá a ser la misma (jugando con las palabras,

podría decirse que hemos rejuvenecido demográficamente, puesto que la vejez se retrasa cada vez más en el ciclo de vida).

Evidentemente, el envejecimiento demográfico conlleva cambios e incertidumbres en temas muy variados, relacionados con la calidad de vida de las personas mayores, sus recursos económicos, su salud, la necesidad de cuidados, e incluso su mayor peso electoral y, por tanto, político. Sobre estos y otros temas trata este número de *PANORAMA SOCIAL*, cuyo eje central es el impacto estructural de la nueva pirámide poblacional sobre el conjunto de la sociedad española y, claro está, sobre las características de la propia vejez y los comportamientos de la población de más edad.

El primer artículo, de **Julio Pérez Díaz** y **Antonio Abellán García** (CSIC), contextualiza el tema común al que se ha dedicado este número por una doble vía. La primera, la más estrictamente demográfica, traza un panorama general de los cambios poblacionales que subyacen al aumento de la edad media en nuestro país, especialmente intensificado al acabar el *baby-boom* a mediados de los años setenta. El cambio de la estructura por edades, sus causas, su ritmo y su evolución previsible se describen y enmarcan en el cambio demográfico global que está experimentando la humanidad como resultado de un salto sin precedentes en la eficiencia reproductiva. La segunda traslada la atención a la propia vejez y sus principales rasgos sociodemográficos, rápidamente modificados por el continuo flujo con que llegan a esa etapa de la vida generaciones que han experimentado transcurros vitales radicalmente diferentes de los de las generaciones precedentes, empezando por la propia proporción de supervivientes. Se aportan, por tanto, los principales indicadores sobre la situación convivencial, socioeconómica y de salud de los mayores, que evidencian mejoras notables, pero que también vienen acompañados de un protagonismo creciente de la dependencia y la necesidad de cuidados, todos ellos temas en los que profundizan otros artículos incluidos en este número.

Al precedente marco general, construido con las grandes fuentes oficiales del propio sistema estadístico nacional, **Fermina Rojo-Pérez** y **Gloria Fernández-Mayoralas** (CSIC) añaden una perspectiva más cualitativa e igualmente necesaria, la de la calidad de vida

en la vejez. Cuantificarla y analizarla tiene una utilidad creciente para el diseño y la implementación de políticas que mantengan y promuevan la autonomía e independencia al envejecer. Las autoras ponen el foco en las respuestas y opiniones de los propios interesados, recogidas a través de una encuesta específicamente diseñada por el equipo de trabajo al que pertenecen ambas investigadoras (la encuesta *ELES, Estudio Longitudinal Envejecer en España*). Con un enfoque multidimensional, el artículo aborda las dimensiones más relevantes para la calidad de vida en la vejez, según las han identificado los propios mayores (la salud, las redes familiares y sociales, los recursos económicos y el ocio y tiempo libre), relacionándolas con el entorno residencial.

Estos dos artículos de carácter introductorio dan paso a diversos análisis de los efectos de la evolución demográfica sobre la propia vejez, y del envejecimiento, sobre el conjunto de la población. En un primer bloque se tratan los cambios que están experimentando la convivencia, las redes de parentesco y la disponibilidad de apoyo en caso de dependencia. Todos ellos son asuntos en los que la evolución demográfica en materia de mortalidad, reproducción, familia y tipología de los hogares va a tener efectos previsibles que permiten la proyección o la modelización.

Daniel Devolder, Jeroen Spijker y Pilar Zueras (Centre d'Estudis Demogràfics, UAB), abordan la evolución histórica y futura tanto de los cuidados requeridos por personas mayores dependientes, como de los que las familias pueden proporcionar. Los autores, a la vanguardia científica en este campo, han desarrollado un modelo de microsimulación computacional de los ciclos de vida generacionales y las redes familiares en cada edad, con el que pueden integrar los cambios demográficos y desglosar la evolución histórica de la oferta familiar de cuidados. Entre sus hallazgos destaca el de que el déficit de horas de cuidado familiar era mucho mayor en el pasado que en la actualidad. El ejercicio de previsión que llevan a cabo adquiere un interés notable para la planificación pública o institucional de los cuidados a personas en situación de dependencia.

Cristina López Villanueva e Isabel Pujadas Rubies (Universidad de Barcelona) examinan pormenorizadamente un tipo de

hogar concreto, el unipersonal, que el propio cambio demográfico ha hecho mayoritario en la vejez. Lo ha impulsado el progresivo aumento de la esperanza de vida, especialmente la femenina, junto a la pauta histórica de emparejamiento de las mujeres con hombres de mayor edad y la creciente independencia económica y domiciliar en la vejez. El artículo analiza esta evolución y sus condicionantes, pero, sobre todo, perfila las características de estos hogares en los Censos de 1991, 2001 y 2011, además de ubicarlos en un panorama comparativo europeo. También traza las propias características socio-demográficas de las personas que viven solas, y los factores que condicionarán el peso futuro de esta forma de hogar, con especial atención al contraste rural y urbano.

Gerdt Sundström (Universidad de Jönköping, Suecia) centra la atención en otro tipo de hogar, que en estadios avanzados del cambio demográfico se vuelve mayoritario en la vejez: el compuesto por una pareja sin otros convivientes. Este tipo de hogares aumenta al hacerlo la longevidad y con el progresivo retraso de la viudedad. Esta fase, que prácticamente acaba de comenzar en España, tiene algunas décadas de recorrido en otros países europeos. En Suecia, caso de estudio de Sundström, la convivencia con los hijos u otras personas ya era muy residual, pero recientemente también están disminuyendo los hogares unipersonales. Puesto que, en las parejas de mayores, los hombres cuidan con igual dedicación que las mujeres (se constata en todos los países, incluida España), la generalización de tales hogares se convierte en un factor primordial para la atención a la dependencia. De hecho, las personas mayores ya proporcionan una parte sustancial del total de los cuidados familiares en Suecia.

Juan Jesús González (UNED) abre un bloque de artículos sobre la relación entre el cambio demográfico y el ámbito de la política de partidos y electoral. Dado que la creciente proporción de jubilados eleva la de beneficiarios de prestaciones sociales y genera un panorama más complejo que el tradicional respecto a la estructura de clases contemporánea, el autor explora el papel de este nuevo eje de competición de clases sociales en el surgimiento del nuevo sistema de partidos y el fin del bipartidismo en España. Frente a los modelos tradicionales de clase social que contraponían al proletariado con las clases propietarias, la com-

binación de la evolución institucional y socioeconómica del país, por un lado, y de los cambios demográficos en género y edad, por otro, ha provocado el surgimiento de un eje adicional que enfrenta a clases activas y clases pasivas.

Karim Ahmed Mohamed (Universidad Carlos III de Madrid) indaga en la determinación que la edad pueda tener en el interés por la política y, en particular, se plantea si el constatado desinterés de los mayores españoles puede atribuirse a un efecto de la edad o, por el contrario, guarda relación con las particularidades generacionales de la población mayor. En la investigación acopia y armoniza información de distintas fuentes, con el fin de manejar la generación de pertenencia como una variable operativa, utilizando herramientas estadísticas que permiten aislar los efectos de esta variable respecto a los de otros factores coyunturales. El autor obtiene resultados que contradicen los tópicos y abren una interesante línea de investigación.

Por su parte, **Vicente Rodríguez-Rodríguez** (CSIC) presenta una síntesis histórica sobre las actuales políticas públicas de vejez en Europa, enumerando sus grandes hitos, pero, sobre todo, recogiendo y analizando los principales documentos oficiales en los que se han ido plasmando. En particular, el análisis informático de tales textos le permite distinguir los conceptos y las materias fundamentales, y clarificar sus respectivos significados. También identifica los distintos actores esenciales, tanto institucionales como de la sociedad civil y de la comunidad científica e investigadora. A todo lo anterior añade una síntesis de conjunto que ayuda a comprender la evolución global en el tratamiento del envejecimiento desde la política internacional, así como también los objetivos que en esta materia se plantean para el futuro.

Tras este panorama político general, un bloque final de artículos gira en torno a los efectos del envejecimiento demográfico sobre el sistema de pensiones y las políticas a través de los que se trata de darles respuesta. **Albert Esteve, Daniel Devolder, Elisenda Rentería y Amand Blanes** (Centre d'Estudis Demogràfics, UAB) presentan un ejercicio propio de proyección demográfica, en el que son expertos y colaboradores con el propio Instituto Nacional de Estadística. El descenso de la natalidad, el aumento de la esperanza de vida

y las pautas de la edad de jubilación futura son tendencias que ponen en cuestión la sostenibilidad demográfica del sistema de pensiones. Los autores analizan dicha sostenibilidad descomponiendo sus factores desde 1970 y prolongando su evolución hasta 2070 (con diferentes escenarios de migración exterior). Para ello desarrollan un modelo de simulación que incorpora, además de las variables demográficas, otras económicas o legislativas. Concluyen que, pese a que la demografía no volverá a ser tan favorable para el sistema de pensiones como lo fue en el pasado, no hace imposible la continuidad de este bajo el actual modelo de financiación de reparto.

Sol Minoldo (CONICET, Argentina) llega a una conclusión similar por una vía diferente. Su artículo analiza la sostenibilidad macroeconómica futura de las pensiones públicas en España. Cuestiona los indicadores habitualmente utilizados para buscar su alternativa en el marco de los equilibrios entre demanda de consumo e ingresos en los ciclos de vida, un marco teórico internacional con implicaciones muy importantes para el tema de la jubilación. Desde esta óptica agregada y macroeconómica, y al margen de cuál sea el sistema que costee las pensiones, la autora proyecta el futuro balance entre necesidades de consumo de la vejez y la capacidad previsible de la economía española para costearlas, llegando a conclusiones muy alejadas del actual clima de intensa preocupación, incluso alarma, que cunde a propósito del futuro de las pensiones. El reto del envejecimiento no residiría, según la autora, en dicha capacidad, que parece asegurada, sino de redistribuir la creciente riqueza a través de las instituciones de protección de la vejez.

Elisa Chuliá (UNED y Funcas) cierra este bloque final con cinco preguntas importantes para el debate actual sobre las pensiones en España. Sus respuestas aportan información sobre el funcionamiento del sistema de pensiones durante los últimos años y los principales factores que afectan a su evolución, haciendo también hincapié en las que, a juicio de la autora, constituyen las principales exigencias a las que se enfrenta el sistema de pensiones para mantener su capacidad de protección social y generar confianza dentro y fuera de España: sostenibilidad financiera, equidad intergeneracional, provisión de pensiones proporcionadas y transparencia.

En definitiva, los once artículos de este número de PANORAMA SOCIAL reúnen multitud de datos, argumentos analíticos y reflexiones para cualquier lector interesado en el envejecimiento demográfico, sus causas e implicaciones. Mediante esta publicación, Funcas refuerza su compromiso de contribuir a la mejora de la calidad del debate público sobre fenómenos que son decisivos para el presente y el futuro de la sociedad global, en general, y de la española, en particular.

